



EL AUTOR

696445

Un niño hombre

● Joven ganador mira la vida a través de un prisma de paz y justicia

Tiene sólo 18 años pero habla como si los golpes que le ha dado la vida lo hubieran hecho madurar a la fuerza. Sensible y perspicaz, ávido de observación, de ver siempre más allá en todo y en todos ("me alerta cruzarme con la gente y no saber quiénes son") Luis Alberto Muñoz Tamayo es un hombre en cuerpo de adolescente, con ojos de adolescente, melena de adolescente.

Nació en el seno de una familia modesta, dice él: otros la denominarían pobre, muy pobre. Hijo de una profesora básica y de un padre vendedor ("porque estudió castellano pero no se pudo recibir, tuvo que trabajar") y con seis hermanos, Luis Alberto cursó sus estudios básicos en la Escuela 40 de La Cisterna. Su educación media la dividió en dos liceos -el 14 también de La Cisterna y el 16 de San Miguel- y egresó el año pasado. Se confiesa mal alumno: "Era flojo, claro que en lo que me gustaba me iba bien y no porque estudiara la historia o el castellano, sino porque me era fácil, me atraía".

Desde siempre ha sentido la necesi-

dad de escribir. "Es que nunca supe de Patos Donalds ni de Corín Tellado, nací en una casa donde lo único que hay son libros y, para mí, escribir es como una necesidad biológica de comunicar; de dejar algo aunque sea para uno", dice. Claro que, según él, no se trata de escribir por escribir: "Hay prioridades. Hay que decir algo que tenga contenido, que ayude a construir la paz, la justicia que todos ansiamos".

Si Dios es Paz

No es religioso. Y sólo cree en Dios si Dios es paz y justicia; si Dios es un hombre igual a todos los hombres "porque yo creo en los hombres". Entonces para Luis Alberto el hecho de haber participado en el concurso literario que organizó el Arzobispado de Santiago como una de las actividades del Año de los Derechos Humanos significaba nada más que "mi apoyo a todo lo que sea por el bien de los hombres".

Se enteró del concurso por la radio Chilena Y se le ocurrió elaborar un

cuento en torno a una vivencia que a diario experimentaba: "Cuando tenía que ir al liceo en micro siempre me subía a la fuerza; iban tan llenas que yo trepaba por la puerta de atrás, como fuera, y me agarraba firme porque tenía que llegar a la hora. Ahí veía yo a los obreros. A esos cientos de hombres que tienen que viajar así todos los días. Que tienen que llegar al trabajo porque ellos ya conocen la cesantía; la pobreza. Entonces ellos también se agarran fuerte y sufren porque es como si te trituraran, te aprietan tanto que de repente el dolor se hace insoportable y lo único que queda es soltarse... el pavimento te llama... Lo escribí porque supongo que es una violación a un derecho humano..."

Ya es hora, su cuento, obtuvo el primer lugar. Está feliz. "Es la primera vez que participé en un concurso y lo hice porque tuve la oportunidad de expresar lo que sentía y afortunadamente el jurado me lo entendió." El galardón consistió en una palomita grabada en cobre, un diploma y 20 mil pesos otorgados por la Embajada de Suecia. Poco queda ya de ese dinero. "Le compré una bicicleta a mis hermanos chicos (yo siempre quise tener una); una cocina de cuatro platos para mi mamá; un poco de ropa para mí y pienso comprar un reloj para mi hermana y una cámara fotográfica. Y pienso seguir escribiendo porque es "como una nueva arma por la paz y la justicia". 18.

Nos vamos. La micro ruge, toma velocidad.

Nos vamos.

El viento golpea mi cara furiosamente cerrándome los ojos. El frío traspasa la débil resistencia de mis ropas y se apodera de cada una de las partículas de mi cuerpo. No importa, nos vamos, ya es tarde.

Tres dedos soportando sesenta y dos kilos, parecen estar a punto de ceder. La goma se dobla, las uñas se encarnan. No puedo soltarme. Aguántate - aguántate.

Mi pierna es triturada por el peso de las otras personas que viajan junto a mí. De la pisadera de la micro cuelga un hermoso racimo humano.

Voy pisando mal, sólo con la punta del pie semidoblado. Un dolor agudo me toma toda la pierna. No se puede variar un centímetro mi posición. No me puedo mover, no hay un hueco libre, ni uno.

Los dedos duelen, el brazo dado vuelta, soportando un enorme peso. Un sandwich de pierna y brazo entre el cuerpo de un hombre macizo y las latas hirientes de la micro.

Los dedos quieren soltarse, piden clemencia, la pierna triturada gime, mi brazo ya no lo siento -los dientes apretados. Aguántate, aguántate. De los ojos entresabiertos martillados por el viento, escapan dos lágrimas. El viento golpeando fuerte, las orejas coloradas, entumidas. Aguántate, viejito aguántate.

Ya es tarde, ¿cuánto rato perdí esperando esta maldita micro? ¡Es tan malo este recorrido!

Con el atraso de hoy completaría cinco y como van a cortar gente capaz que me rajen. Maldita sea, luz roja otra vez.

El día avanza, ya es tarde, los minutos pasan rápido, insultando a todo el mundo. A mí me escupen la cara. Nue vamente en marcha, así me gusta, rápido, rápido.

La máquina toma un poco de velocidad, la campanilla suena insistente: alguien quiere bajar.

-Aquí no es paradero -grita el chofer.

Bien, así me gusta, rápido.

Ya no aguanto, el dolor es insoportable. Sólo me consuela pensar que el hombre de mi costado va en peores condiciones que yo. Tomado apenas de una saliente de la ventanilla, sintiendo a cada momento cómo se le dan vuelta las uñas, la punta del zapato apoyada sobre una guarda de adorno de tres centímetros de ancho. Siento en mi oreja sus quejidos, no veo su cara, sólo siento sus quejidos, a cada segundo más desgarradores. El también tiene que llegar a su trabajo como yo. Quizá lo conozco, si todos los días somos los mismos los que tomamos micro en esa esquina. Quizá lo conozco.

Sus quejidos más cerca de mi oreja, su respiración es lenta. Ni una palabra sale de su boca.

-¡Affímese, compadrito! -no hay respuesta.

Ya no siento ni mis dedos ni mi pierna, sólo un gran dolor insoportable. Soy una gran llaga colgando de la pisadera de una micro. Una gran llaga pensante.

Mis pobres dedos mil veces a punto de ceder y mil veces veces vueltos a ser apretados, soy un gran dolor insoportable. Vámonos rápido, así me gusta, rápido.

No puedo soportar el dolor, voy a gritar. ¡Pare por favor, pare que me caigo! ¿Para qué? He aguantado tanto, ya falta tan poco. Apenas cuatro cuadras...

-Affímese, compadrito, affímese. Los quejidos de mi compañero pegados a mi oreja.

Qué saco con bajarme ahora, seguro llevo atrasado. Son cuatro cuadras largas. -Affímese, compadrito.

Si yo no llevo, nadie marcará mi tarjeta. No hay semana corrida. Cinco atrasos, usted es un irresponsable. Queda despedido.

Un niño hombre [artículo] I.B.

Libros y documentos

AUTORÍA

I.B.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un niño hombre [artículo] I.B.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile